

## **CAPÍTULO DÉCIMO SEGUNDO:**

### **LA IGLESIA**

#### *1. Opción por la Iglesia.*

Hasta aquí las decisiones que he tomado respecto a mis creencias religiosas, creo que para muchos tienen suficiente coherencia. La fe en un Dios personal y la figura de Jesús de Nazaret tienen por sí mismos suficiente atractivo. Sin embargo, sé que, a partir de aquí, las cosas se me presentan muy difíciles, porque pretendo pronunciarme como católico, seguidor fiel de la Iglesia Papal de Roma. Si he decidido y quiero seguir a Jesús, tengo que preguntarme cómo hacerlo y también cómo he llegado a conocer lo que sé de él y quien me lo ha transmitido.

Sobre Jesús, se ha escrito incomparablemente más que sobre ninguna otra cosa o personaje, durante estos 20 siglos cumplidos desde su muerte. Entre todo este maremágnum de textos y documentos ¿cómo dilucidar aquello que es verdad, es decir, conforme con el Jesús real de la historia y de la fe, de lo que es falso o un invento añadido y malintencionado? Yo creo que, si Jesús es realmente el Hijo de Dios, tiene que dejar pistas reconocibles, para aquellos que de buena fe quieren encontrarlas. Pero también los que no quieren, siempre encontrarán razones para destruirlas. Dios y también Jesús, permanecen ocultos y en silencio, para los que no lo buscan.

Creo que las pistas que llevan a Jesús, aparecen con toda nitidez en la Iglesia Católica, si sabemos con cuidado quitar toda *la hojarasca* que las recubren. La hojarasca en la Iglesia es también necesaria, no vaya a ser que el decidirse por ser cristiano y católico, no dependa de la libertad humana, sino de evidencias irrefutables. Si la Iglesia se presentase “santa, perfecta e inmaculada”, como desearíamos todos los que pensamos que Jesús es el hombre genial, incluso Dios con nosotros, ¿cabría alguna otra alternativa para el hombre de buena fe, que acogerse a la Iglesia o reconocerse como un absoluto imbécil, malintencionado y despreciable?

Es evidente que Jesús en vida no instituyó la Iglesia tal como la conocemos hoy, pero lo que no es discutible, es que, en el tiempo apostólico, y sobre todo en Pablo, las Iglesias cristianas eran una realidad concreta y variada. ¿Se equivocaron los Apóstoles al organizar y difundir las Iglesias cristianas, dispersándose desde Jerusalén y Antioquia, por todo el Imperio Romano? ¿Se equivocaron e interpretaron mal a Jesús? Desde el principio muchos seguidores de Jesús pensaron que sí, que era un craso error y se apartaron de ellos, como los judeocristianos que permanecieron en sus sinagogas. Evidentemente el tiempo de Jesús, no es el apostólico, ni tampoco el que le siguió inmediatamente con los Padres Apostólicos y de la Iglesia, ni es el cristianismo del

medievo, ni mucho menos es el tiempo actual de la Iglesia. A pesar de todas las profundas transformaciones de la Iglesia en su historia, yo creo que no, que ni los Apóstoles, ni Pablo, ni la Iglesia Católica, ha errado en lo fundamental en la interpretación correcta de Jesús. Saben que, en el fondo, lo que tienen es demasiado valioso, para que todos los contratiempos sufridos en la historia puedan deteriorarlo.

## 2. *Historia de la Iglesia.*

Mirar a la Iglesia desde el católico de a pie da vergüenza y rabia, una tremenda rabia al ver la enormidad de la diferencia entre ella y el mensaje de Cristo. Es la diferencia, la hojarasca, lo que impide a muchos seguir la pista de Jesús en la Iglesia, y es precisamente en ella, en lo que todo el mundo se fija. Desde luego no es la Iglesia el Reino de Dios en la Tierra ¡qué más quisiera! Tal vez representa su límite, su meta y en muchos momentos de la historia ni siquiera eso. De todos los males que el hombre pueda cometer e incluso imaginar, se encuentran ejemplos y algunos espectaculares, en el seno de la larga historia de la Iglesia. ¿A qué se debe el derroche de lujo y ostentación que mantiene, mucho mayores que en ningún otro lugar de la Tierra? ¿Cómo se atreve a compaginarlo con la Iglesia de los pobres que lucha contra la miseria del mundo, en extrema escasez con las migajas que le sobra? ¿Cómo explicar que aparezca con enorme frecuencia ligada a las esferas del poder y a las clases dominantes, pegada a la riqueza y contraria a los intereses de los pobres?

Hablar del poder en relación con la Iglesia es una cuestión que arrastra desde fechas muy tempranas en su historia. A partir del famoso edicto de Milán (313), por el cual Constantino el Grande libera a la Iglesia de la presión del paganismo, utilizándola después como religión del Estado Romano, el poder y la Iglesia han ido a la par. Desde entonces, el emperador pudo intervenir directamente en la Iglesia, imponiendo el cesaropapismo, convocando concilios, nombrando obispos y tomando decisiones incluso teológicas y dogmáticas. De aquí surge el paradigma cristiano -ortodoxo -griego, que fue dependiente del Emperador Romano de Oriente, en Constantinopla y luego con sede en Moscú, hasta la revolución comunista (1917). Al depender de sus soberanos, la Iglesia Ortodoxa se fragmentó en numerosos patriarcados nacionales independientes, desde la Baja Edad Media, cuya división se conserva hasta el día de hoy.

En Roma se desarrolla un paradigma distinto, tanto que el poder quedó dependiente del papado romano. Con el tiempo el papado va tomando cada vez mayor altura frente al emperador de Occidente, hasta que el último emperador romano fue depuesto por un general godo. Con la caída del imperio, en el siglo V, queda sólo el papado como cabeza visible de toda la cristiandad de occidente, por encima de todos los reyes en que se dividió el imperio. El papa León IX (1049-1054) y su “apasionado y fogoso legado Humberto de Silva”, al cabo de varios siglos de recorrer el papado un camino ascendente de poder, terminan haciendo incompatible el papado con el patriarcado de Constantinopla, lanzándose mutuas excomuniones entre León y Cerulario en 1054. De este modo se separan hasta hoy las Iglesias ortodoxas de las católicas, habiendo que esperar al siglo XX para el levantamiento poco honroso, de las excomuniones. El papado imparable con Gregorio VII (1073- 1085) lo coloca por encima de cualquier poder en la Tierra con su “*Dictatus Papae*” (1075). Después de más de un siglo alcanza su cenit absolutista, de esplendor y magnificencia con Inocencio III (1198-1216), auténtico emperador de la teocracia papal en el medievo. El imperio en Occidente queda deudor del papado, que siempre fue el garante y legitimador de los reinos cristianos. El poder proviene de Dios y

el Papa como vicario de Dios en la Tierra, era el encargado de distribuirlo. Hablar del poder y de la Iglesia papal de Roma, fue una misma cosa en el occidente medieval cristiano.

Por eso en el siglo XVI la denuncia de Lutero (1483-1546) contra el abuso de poder papal, se traduce en la división y separación de varias Iglesias nacionales y evangélicas, al reclamar para sí parcelas de poder independiente. Europa queda dividida en dos zonas, una de obediencia al Papa y otra independiente. La expansión colonial de los países europeos, confirma dicha división en todo el mundo. El concilio de Trento (1545-1563) contra la Reforma y la continuación en la misma línea con el Vaticano I (1869-1870), no hacen sino agrandar la separación. La Iglesia Católica Romana en este camino absolutista papal, alcanza su cumbre con la proclamación dogmática de la infalibilidad del papa, en ese concilio del siglo XIX.

### *3. Juicio sobre la Iglesia.*

Todo esto resulta descorazonador, cuando se mira el espíritu de Jesús en los evangelios y se lo compara con la historia de la Iglesia Romana. Pero si uno pretende ser cristiano y católico, no queda más remedio que comulgar con ruedas de molino y asumir la historia de la Iglesia. No se puede suprimir ni cambiar, lo realizado en la historia. No se puede mentir, ni emplear subterfugios para que diga la historia aquello que queremos que diga. ¿Qué católico puede en conciencia aguantar y no mirar para otro lado cuando se leen las páginas más turbias de la Iglesia? Me pasan por la memoria los desmanes durante la “Santa Inquisición”, o el proceso a la Ciencia del que fue modelo el de Galileo, o la proclamación de la “Guerra Santa” durante las cruzadas, o la degradación del papado de los Borgias, o el repetido espectáculo de la división cismática de los Papas (1378-1417), por sólo nombrar lo más escandaloso y lo que comúnmente se habla al referirse a los desastres de la Iglesia. Aunque la jerarquía de la Iglesia ha mejorado sensiblemente su talante ético en el presente, todavía hoy de cuando en cuando saltan a los medios hechos contra la ley escandalosos, como los casos de pederastia o corrupciones de diversa consideración en los campos económicos y políticos.

Para mucha gente hablar de los curas y de la Iglesia es hablar de mala gente, de hombres oscuros, intrigantes, embaucadores y mentirosos. Que hablan de cosas grandes, maravillosas y buenas, pero que actúan de modo perverso y mezquino, melosos y repulsivos. Menos mal que también se suele admitir, que al costado de estos existen hombres y mujeres de Iglesia excepcionales, que son incansables, extraordinarios, incondicionales con los pobres y marginados, abiertos a todo el mundo, impresionantes. Pero no dejan de considerarlos la excepción que confirma la regla, y no les vale la pena dar su apoyo a la Iglesia por un escaso puñado de hombres y mujeres excepcionales.

Incluso en las obras que tiene la Iglesia metida hasta los últimos rincones de la miseria, la enfermedad y el abandono, lugares en donde nadie se atreve a entrar para echar una mano, las miran con escepticismo. Las encuentran envenenadas, pues las ven con la semilla del adoctrinamiento, con el afán de conseguir adeptos y no de forma desinteresada. La Iglesia se dice que en estos menesteres busca siempre algún beneficio, tratando de aumentar su ámbito de poder e influencia. En cuanto a los hombres y mujeres de Iglesia, que ejercen “obras de caridad” en el tercer y cuarto mundo, no siempre se les considera fruto de una dedicación desinteresada basada en el sacrificio personal altruista, sino que de alguna manera se espera recompensa, algunas terrenales, pero sobre todo en

las del cielo.

La Iglesia tiene por misión anunciar el mensaje de Jesús con suficiente credibilidad. Por tanto, es responsabilidad del conjunto de cristianos y de cada uno, y no solamente del clero, de la jerarquía o del Papa, la adecuación de la Iglesia de cada tiempo y lugar al mensaje de Cristo. Así cuando se lanzan acusaciones contra la Iglesia, fundadas o no, todos los cristianos católicos nos sentimos también acusados. Si las acusaciones son de épocas pasadas, pues encima tienen el valor añadido de que ellas supieron transmitir el mensaje de Jesús a las generaciones que les siguieron, bien o mal, pero fue transmitido y ha llegado a nosotros. ¿Sabremos nosotros hacer lo mismo? ¿Tendrán las nuevas generaciones de nuestro entorno conocimiento del mensaje de Jesús de Nazaret?

Que el Occidente cristiano tenga escritas páginas oscuras y negras de la historia es indudable. Que la Iglesia formó parte importante e implicada en esos desmanes es evidente. Pero la sociedad del Occidente actual, no puede buscar un chivo expiatorio para esas negruras históricas y colgarle el sambenito. No se puede limpiar la historia por asignar un culpable. Sin duda hay que salir al paso y no dejar que la culpa de todas las barbaridades y desastres cometidos en la historia, caigan sobre la Iglesia.

El Occidente cristiano tiene sin duda sus negruras, pero también sus luces, y tanto unas como otras deben ser compartidas por los que formaron dicha sociedad, en todas sus estructuras e instituciones. Al lado de la Iglesia también estaban el imperio, las monarquías, los estados, las aristocracias y burguesías, los artesanos, siervos y esclavos, cada uno con sus responsabilidades. No se puede separar todo lo malo para la Iglesia como encarnación del enemigo, del atraso y de la corrupción, y dejar para el resto todo lo bueno, el progreso, el desarrollo, el bienestar. No se puede tener este esquema tan simplista de las cosas, habrá que situar las culpas en aquellos que no cumplieron con sus responsabilidades, que por supuesto no sólo corresponden a la Iglesia. Si acusamos a la Iglesia también acusamos a los poderes fácticos, sistemas legales, estructuras, e instituciones, a las personas que permitían y sostenían esas condiciones.

Tampoco podemos emplear anacronismos y juzgar con baremos actuales los hechos del pasado, que tenían otros parámetros de medida. Hasta hace muy poco tiempo, algo más de un siglo, las ejecuciones en los pueblos eran una fiesta a la cual iba todo el mundo a la plaza para ver ahorcar, cortar la cabeza, o quemar vivos a personas humanas, como un espectáculo divertido. Hoy nos da horror nada más pensarlo. Es difícil juzgar las instituciones y estructuras desde dentro del tiempo en que existían o fueron creadas. Seguramente en el futuro, considerarán nuestra época según sus baremos como bárbara y despiadada, si como espero hayamos avanzado en el camino de la ética.

#### *4. Verdad y poder.*

Tal vez lo que choca de la Iglesia, es su pretensión de ser depositaria de toda la Verdad y de Verdades eternas y, por tanto, fuente de toda legitimación. Esto se debe a una apropiación indebida del poder y del poder absoluto por parte de la Iglesia. Se consideró con derechos desde los bienes materiales hasta la intimidad de las personas, no sólo terrenales sino en el más allá, abarcándolo todo. Es difícil no tener poder cuando dirige las conciencias de los hombres, desde los más poderosos hasta la del más humilde. Además, por su historia se consideró heredera directa y única del Imperio Romano, tomando de él todo su boato y magnificencia, y como no también su poder imperial en

todo lo que pudo, con el fin de sostener la cristiandad.

El poder y la intolerancia de la religión, han generado a lo largo de la historia todo tipo de desmanes. Durante muchos siglos de la historia de la Iglesia, se afirmaba sin ningún género de duda que al ser el cristianismo la religión verdadera, fuera de la Iglesia no había salvación posible. Así se dedicó a bautizar a todo aquel que caía en sus manos, por la fuerza de los poderosos ejércitos cristianos con la ayuda de sus frailes. Violencia y guerras de religión, han sido una constante en la historia de Europa y su zona de influencia en el mundo.

Sin embargo, si hacemos un análisis más riguroso, comprobaríamos que se trata de comportamientos en franca contradicción con lo que desde la misma religión se promueve. Jesús nunca trató de imponerse por encima de la libertad de las personas. Enseñaba lo mejor del hombre y su relación con Dios, invitando a cambiar de vida y a seguirle. Jamás levantó un ejército en su defensa como hizo Mahoma, ni para someter a los pueblos bajo su poder como hizo la Iglesia amparada en reyes y emperadores. Si la Iglesia se alió con el poder no fue consecuencia del mensaje de Jesús ni de la actividad de los apóstoles. Durante sus dos primeros siglos permaneció subordinada incluso perseguida por el poder civil. Constantino aprovechó su organización, su estructura fuertemente jerarquizada, la sujeción de los fieles a la autoridad de sus obispos, para conseguir la unidad de su imperio. Sin embargo, el poder y el mensaje de Jesús están claramente separados en dos ámbitos distintos, pero la Iglesia se agarró al poder que le ofrecían, cuyas consecuencias han marcado profundamente su historia.

Es propio del fundamentalismo o integrismo tomar un principio o dogma como valor absoluto. De creerse en posesión de la Verdad Absoluta deriva la voluntad de poder y a la inversa, por voluntad de poder se impone la verdad propia contra todas las demás. Esta posición lleva a ser intolerante con la discrepancia, violentos contra el disidente, a reservar desprecio y discriminación a los que se apartan del principio absoluto. El fundamentalismo contradice los principios y la práctica de la religión, en particular la cristiana. En nombre de Dios o de Cristo se han levantado los ejércitos contra los infieles y herejes. ¿Cómo fue esto posible? ¿Cómo pudieron tergiversar tanto la religión del amor y del perdón hasta los enemigos, en su contraria violenta, intolerante, discriminatoria?

Al perder la Iglesia amplias zonas de poder e influencia, a partir de la Reforma debido a las guerras de religión entre cristianos, toma una postura defensiva y se hace ultraconservadora por reacción contra ella. La Iglesia que siempre había llevado la delantera en todos los campos del saber y la cultura, que poseía el prestigio de la razón ilustrada, desde entonces toda innovación, tanto en el pensamiento como en lo social, tiende a anatemizarlo. Se agarra desesperadamente a la escolástica medieval, haciéndolo el pensamiento oficial de la Iglesia en Trento, rechazando cualquier otro tipo de pensamiento. Esta rigidez e intolerancia son síntomas de su dolorosa y obligada cesión de poder, primero a los estados nacionales y luego al pueblo soberano. Condena todo aquello que no es su propio pensamiento, como por ejemplo las condenas al pensamiento liberal de la ilustración y el modernismo, al materialismo cientificista y dialéctico, y no digamos las repetidas condenas viscerales y beligerantes contra el pensamiento de izquierdas y libre. No digo que estos sean mejores, pues en ellos hay principios y valores que son contrarios a los cristianos, pero no todo es despreciable, mucho de lo que se dice en esta línea de pensamiento es profundamente cristiano. Dejando este tema para otra ocasión, lo que pretendo destacar aquí es la inexplicable intolerancia e intransigencia de

una Iglesia poderosa.

El Vaticano II supone para la Iglesia el abandono de su posición privilegiada de poder, dejando de lado el ultraconservadurismo y promoviendo la apertura y su renovación, en eso que se ha dado en llamar *aggiornamento*. Es a partir de ese momento cuando podemos juzgar lo que está haciendo la Iglesia con nuestros parámetros, propios de la sociedad en que vivimos. La Iglesia Católica de hoy, aparece tan plural y diversa como es nuestro mundo occidental altamente tecnificado. Tal vez hoy se puede acusar a la cabeza de la Iglesia de Roma, de un retroceso a los tiempos anteriores al concilio, de añoranza de un pasado de poder e influencia, pero sobre todo del paso excesivamente lento para una sociedad que avanza rápidamente en todos los campos, con el peligro de resultar obsoleta, retrasada e inservible en poco tiempo. Manifestar que nuestra Iglesia debe acelerar el paso con máxima urgencia, es una de nuestras responsabilidades, si queremos que en el futuro esté a la altura para poder anunciar de forma creíble, el mensaje de Jesús de Nazaret.

### *5. El papel de la Iglesia.*

Se podría pensar que la Iglesia es innecesaria para seguir el mensaje de Cristo, y no sólo innecesaria sino contraproducente. Sin embargo, pienso que no basta para seguir a Jesús la lectura atenta de la Biblia sobre todo del NT, y ponerlo en práctica, porque como ya he dicho reiteradamente, cualquier texto se presta a muy diversas interpretaciones, a menudo opuestas entre sí. Los escritos del NT no son realizados al dictado de un ángel como a Mahoma, o por la misma presencia de Dios como a Moisés, con la pretensión de ser letra a letra la voz de Dios. Son simples documentos empleados en las asambleas cristianas de distintos lugares y que siguen tradiciones apostólicas diferentes, algunos de ellos muy cercanos a los hechos que relatan, en particular ciertos fragmentos dedicados al culto incipiente. Además, circulan muchas versiones y textos apócrifos sobre Jesús, pues no son los mismos documentos los que suscriben las diversas Iglesias cristianas, ni sus diversas versiones, a veces en muy extensos fragmentos, y mucho menos para otras confesiones que los utilizan. Por consiguiente, es necesario dictaminar cuáles de ellos son canónicos y cuales no lo son, es decir, cuales contienen la verdad sobre Jesús y cuáles no. Son las diversas Iglesias las que por el uso dado a esos documentos los hacen canónicos, mientras que otros tan cercanos en el tiempo a Cristo y de importancia semejante como el evangelio de Tomás, por ejemplo, son considerados apócrifos, es decir, fuera del uso de la Iglesia.

La legitimidad de los textos bíblicos es un tema de primera importancia. Hay que tener muy claro antes de hacer nuestras afirmaciones basadas en los versículos bíblicos, tanto del AT como del NT, cual es la institución que los garantiza y legitima. *Los documentos bíblicos son legitimados por la institución en la que creemos, y no al revés.* Son las diversas Iglesias presididas por su obispo, las que desde los tiempos iniciales dan sentido al ser cristiano, como pueblo de Dios, y no desde la adhesión individual más o menos intensa a una línea de pensamiento o a unos documentos, aunque estos sean tan importantes como los del NT.

Desde los primeros tiempos, los cristianos se agrupan en asambleas o Iglesias, y evidentemente es una lectura sesgada del NT interpretar que se puede ser cristiano, seguir a Jesús, de modo personal, aislado, separado del resto de cristianos. Es la comunidad de

cristianos, las Iglesias, las que tienen las claves de la correcta interpretación y práctica cristiana. Esto no quiere decir que el cristiano tiene que seguir ciegamente lo que dice y hace su Iglesia, sino que tiene con frecuencia que contrastarla con su fe, su conciencia y las fuentes neotestamentarias. Muchas veces las Iglesias cristianas en la historia, se han desviado y abusado de su poder llenándose de la hojarasca que impide ver su mensaje. Se hace necesario entonces, la denuncia y la reforma, pero no la descalificación, la división, la rotura, porque esto no contribuye a quitarle la hojarasca, sino a ponerle todavía más encima.

Si nos ha llegado a nosotros el mensaje de Jesús, se debe únicamente a la actividad, al testimonio continuado de las Iglesias cristianas. Las versiones sobre Jesús fuera de las Iglesias cristianas, son las más de las veces panfletos cargados de odio y rencor, con intenciones claras de desprestigio y descalificación, con toda mala intención, sacándose de la manga invenciones de todo tipo, a veces maliciosamente encubiertos. Otras destacan de Jesús un solo aspecto de él, por ejemplo, como hombre libre, rompedor, revolucionario, pero ocultando intencionadamente aquello que no les gusta o no les cuadra en sus tesis particulares. Las Iglesias cristianas por el contrario buscan la verdad sobre Jesús, sin invenciones ni ocultaciones, porque en ello les va la razón de su existencia.

A pesar del enorme espesor de la hojarasca que le resta credibilidad, la Iglesia sigue siendo para mí *depositaria del mensaje de Jesús de Nazaret*, en cada tiempo de la historia como del presente y el Papa sigue teniendo en ella *la última palabra*.

Anunciar y proclamar las tesis cristianas en el mundo actual, se hace difícil. Por lo general en la sociedad occidental, se piensa que el ámbito de la religión, de las creencias, es una cuestión personal y privada, y que no afecta ni debe afectar a nadie más que al propio individuo. Por tanto, también, nadie puede intervenir en ese ámbito privado, de modo que se es totalmente libre para creer lo que se quiera, de tal forma que se reclama como derecho de la persona humana, la libertad de creencia o religión. De la libertad de creencia que ciertamente es un asunto personal y que por tanto no se está obligado a manifestarla en público, algunos deducen que por ser privado debe reservarse o impedirse su manifestación pública. Pero, aunque la creencia sea una cuestión de ámbito personal, no se puede negar el derecho de asociación, reunión y manifestación de aquellos que comparten una misma creencia, y que utilizan como vehículo una misma religión. Es evidente que al ejercer ese derecho proyectará una cierta imagen pública, y tendrá mayor o menor participación en la sociedad a la que pertenece, marcando sus propios modos de entender y vivir la vida. Es coherente con cada creencia, que se piense que los modos que ella promueve, sean considerados los mejores no sólo para sus fieles sino para todos.

Los sistemas religiosos y las asociaciones de sus fieles no forman partidos políticos, que puedan ser controlados socialmente mediante mecanismos democráticos, pero tampoco ellos aspiran a ejercer el poder político directamente, y por ello no requieren sistemas de control especiales, sino estar sujetos al sistema de leyes de los Estados. En las sociedades pluralistas hacia las cuales nos movemos, pueden ser consideradas como corrientes de opinión, de mayor o menor influencia y credibilidad según sus capacidades. La Iglesia Católica desde el Papa hasta el párroco más humilde, da su opinión sobre diversos temas de la actualidad, sociales, políticos o éticos, de cada día. Están en su derecho y creo que es su obligación, no sólo dirigido a sus fieles sino a toda la sociedad y al mundo, de proclamar con la máxima fuerza y medios eficaces de difusión, su fe, su mensaje y su doctrina para aquellos que quieran escucharla. Sobre todo, resultan muy importantes

cuando ejercen su obligación de denuncia de la injusticia y la mentira, de promover la paz y la concordia, de sostener el respeto y la dignidad del ser humano.

## 6. *¿Qué es la Iglesia?*

### 6.1 *Sentido comunitario y universal.*

Jesús de Nazaret no es un pensador individual o un santón anacoreta, retirado hacia el interior de sí mismo, sino que, desde el primer momento de su vida pública, forma la pequeña comunidad de Apóstoles y discípulos, que le ayudan en la extensión de su misión profética y sanadora para las multitudes, en primer lugar, las de Israel. Convoca a su pueblo ante la acción inmediata de Dios, anunciando su Reino. Sin embargo, es discutible que Jesús fundase una Iglesia, una institución organizada legalmente constituida. No elige claramente un sucesor para dirigirla. En realidad, la formación de la Iglesia es una cuestión de los Apóstoles, que al imitar a Jesús organizan sus propias comunidades, diversas y flexibles.

Entiendo la Iglesia no como una institución para el clero, religiosos y sacerdotes fuertemente jerarquizada, ni tampoco como una red de pequeñas comunidades, sino en sentido asambleario, es decir, una convocatoria de toda la humanidad ante Dios. Es una convocatoria para todos los hombres sin distinción de capacidad, condición o procedencia. Sin embargo, esta universalización del mensaje de Cristo es discutible que parta de la vida de Jesús antes de su muerte, pues como se indica en los evangelios él se dirige sólo a su pueblo y envía expresamente a sus discípulos a la casa de Israel y no a los samaritanos y gentiles. Es posterior a la resurrección cuando los apóstoles reciben el encargo de universalizar su mensaje. Por tanto, como todo en la Iglesia es una cuestión apostólica. Esta convocatoria universal, no es por supuesto formar una nación, un imperio mundial teocrático, como lo entendió la Iglesia medieval o el islam, ni tampoco de poder, dominación o sumisión del mundo a Dios por la Iglesia, sino la llamada o anuncio de la vinculación de la humanidad tanto individual como colectiva a Cristo, uniendo voluntades por la repuesta de cada hombre responsable y libre. ¿Difícil? No sólo difícil, sino que, si ocurre algún día, pues será un auténtico milagro.

La llamada universal de la Iglesia implica que su objetivo no podrá reducirse a organizar grupos de elegidos, religiosos o iniciados separados del mundo; como mucho, estos grupos sólo servirán de fermento o impulso para los demás, pero no pueden ser por sí mismos la finalidad de la Iglesia. Tampoco su organización se puede asimilar a un partido político, o una ONG, o agrupación de personas comprometidas con una ideología, forma de pensar o actividades comunes, sino al contrario la Iglesia tiene que ser necesariamente múltiple y diversa en la que quepan todos, “todos los hombres de buena voluntad”. Universalización, en la que cada cual aporte lo suyo y reciba de los demás, participando todos en lo de todos, en la común-uniión de la Iglesia.

En la Iglesia Universal se participa por la vinculación de cada Iglesia local en ella, de modo que lo que se hace en la local es también hecho en la universal. Es decir, lo que sucede en la Iglesia de Corea, de Senegal, de Bolivia o de Australia, sucede también en mi Iglesia particular canaria. Sus santos, mártires, profetas, o maestros son también los míos y lo que aquí tenemos también lo tienen los demás. La pujanza y gracia, los problemas y preocupaciones, de cada Iglesia en el mundo se reflejan en la mía propia. Todo es lo de todos. Esta idea la expresó Pablo en el concepto del Cuerpo Místico. Hoy en nuestro mundo globalizado e intercomunicado se entiende mejor que nunca. Nada de lo humano, de lo que implique injusticia, de la dignidad pisoteada del hombre, me puede

resultar indiferente, en cualquier parte del mundo. Y esto significa hacer Iglesia, colaborar y participar en la común-uni6n de la humanidad ante Dios, por Cristo, hacia la plenitud humana.

## 6.2 *Sentido sagrado.*

Tambi6n la Iglesia tiene un sentido sacramental. El cristianismo no es s6lo un humanismo radical, sino sobre todo una religi6n, por lo que se encuentra en la perspectiva de lo sagrado. La Iglesia es sagrada porque procede de Dios por su vinculaci6n a Cristo. El poder de Dios y de Jes6s para la salvaci6n y el perd6n lo dio a los ap6stoles y de estos a la Iglesia. El poder de la Iglesia no es suyo propio, sino que es prestado, da algo que no le pertenece, algo sagrado que procede de Jes6s y de Dios, el sacramento, (bautismo, confirmaci6n, unci6n, orden, matrimonio, que se refieren a etapas o estados de la vida, y los dos fundamentales eucarist6a y perd6n).

¿Poderes sobrenaturales? ¿magia? Hay una explicaci6n espiritualista que se da com6nmente, pero que yo no estoy en condiciones de admitirla sin puntualizaciones. ¿Dios y Jes6s perdonan el pecado m6gicamente? Pues no me lo parece, al contrario, es muy humano el perdonar y muestra lo mejor del hombre. Que la Iglesia lo haya formalizado en un rito sacramental, me parece consecuente al estar en conexi6n con la eucarist6a, que es el centro y raz6n de ser del culto en la Iglesia. Sin la eucarist6a la Iglesia no ser6a lo que es, perder6a su car6cter sagrado y sacramental, s6lo ser6a una instituci6n que se justificari6a simplemente para sostener la correcta interpretaci6n de los textos evang6licos, de la Biblia en general, documentos conciliares, etc.

La eucarist6a, la presencia real de Jes6s en la Iglesia por el sacramento, que le da toda la fuerza de lo sagrado, la justificaci6n de su culto religioso, s6a que a primera vista se presenta como algo sobrenatural o m6gico. Sin embargo, si la explicaci6n m6gica fuese suficiente para entender lo que ocurre en el sacramento, pues yo lo aceptari6a con fe ciega sin cuestionarme nada m6s. Pero en realidad no lo es. Lo sobrenatural nos deja en la ignorancia sin a6adir nada a la fe. Nosotros los cristianos creemos en las palabras de Jes6s sobre el pan y el vino: “esto es mi cuerpo”, “esta es mi sangre”, y adem6s creemos en la promesa de Jes6s de permanecer en esa forma con sus disc6pulos hasta el final del tiempo. No es que sea irracional o imposible, pues no sabemos lo que puede ser posible o no para Dios, lo que pasa es que no sabemos c6mo sucede. Lo que no se sabe, no se sabe, y no vale de nada inventarse una sobrerrealidad que nos lleva a una ignorancia a6un mayor que la que ten6amos antes del invento. Y es que se trata de fe, de fe en Jes6s y de lo que hizo en la 6ltima cena, que sus disc6pulos continuaron hasta nosotros.

## 7. *La formaci6n de la Iglesia.*

La ex6gesis de los documentos hist6ricos del siglo I y primera mitad del II que nos han llegado a nosotros, nos han dado ciertas sorpresas y parecen ser cruciales para entender la evoluci6n del pensamiento y organizaci6n de los cristianos hasta la consolidaci6n de la Iglesia bien entrado el siglo III. Los documentos propios de la Iglesia son los del NT de una parte, y de otra los Padres Apost6licos, principalmente la carta de Clemente de Roma (96 d.C.), las siete cartas de Ignacio de Antioquia (anteriores y pr6ximas a su martirio en Roma el 117 d.C.), y quiz6s el m6s importante para entender liturgia, organizaci6n y normas morales de finales del siglo I conocido como Didaj6, o *Documento de los Doce Ap6stoles*. Estos documentos y poco m6s, nos dan la casi seguridad hist6rica por la falta de textos que la apoyen, de que Jes6s no fund6 una Iglesia, ni nombr6 ning6n ministerio,

ni mucho menos un sucesor que la dirigiese.

Por tanto, las reconstrucciones históricas que trataron de hacer algunos de los Padres de la Iglesia en el s. II y III, dando listas inventadas de obispos de las sedes más importantes, o bien las teologías realizadas para la sustentación del orden sacerdotal y la sucesión apostólica, etc., no tienen validez histórica sino que se hicieron tardíamente, para justificar la estructura y pensamiento de la Iglesia a la que se había llegado, tras una lenta evolución y unificación de la enorme variedad de respuestas al mensaje de Jesús, que se dieron en los dos siglos posteriores a su muerte y resurrección. La importancia dada a Eusebio de Cesarea considerado el primer historiador de la Iglesia y consejero de Constantino, escribe cuando la Iglesia entra en un proceso imparable de unificación por medio de los Concilios ecuménicos, los cuales fijan los documentos canónicos, el dogma y la organización jerárquica y jurisdiccional de la Iglesia, por lo que muchos dudan de que su historia sea real, sino más bien una apología de la uniformidad.

A partir de Nicea (325d.C.), la historia de la Iglesia está bien documentada, ya no está en la clandestinidad sino al contrario es la religión del Imperio, bien definida y organizada. Con cierta frecuencia se dice hoy que la Iglesia fue *fundada por Constantino* en Nicea, estructurada y reconvertida de un pasado insignificante, oscuro y clandestino, en la religión del Estado. Si esto fuese cierto, si la Iglesia no fuese nada más que una religión de Estado, no tendría ningún sentido ocuparse de los problemas que tiene hoy la Iglesia, sino todo lo contrario habría que dejarla caer, pues ya no sirve de nada tratar de dar un fundamento religioso a la constitución de un Estado, puesto que lo que queremos es un Estado laico en el que quepamos todos.

Antes de que la soberanía del Estado pasase al pueblo, a partir de la revolución francesa y la Declaración de los derechos humanos, para mantener la soberanía en las clases privilegiadas los Estados necesitaban la fundamentación religiosa. El poder de Dios caía directamente en el soberano. Por tanto, yo creo que fue el Estado del Imperio Romano el que se aprovechó de la religión de los cristianos y de la estructura jerarquizada de la Iglesia, para sus fines de uniformidad y soberanía, cuando la religión pagana se hizo insuficiente ante la irracionalidad de deificación del emperador para legitimar su poder. La Iglesia fue seducida por el poder, al liberarse de la presión del Estado. Pero la Iglesia no necesitaba ese poder para justificarse, el Estado sí.

Para demostrar que la Iglesia es apostólica y no una institución que se sostiene por y para la religión del Estado, no sólo del romano sino los de toda la cristiandad y en muchos hasta bien entrado el siglo XX, habrá que probar que la Iglesia tenía antes de Nicea una dispersión y entidad de magnitud suficiente, para que el Estado se fijase en ella para conseguir sus fines de poder y soberanía. Es decir, que Constantino no descubrió de pronto una religión oriental exótica imponiéndola a sus súbditos, sino que el cristianismo era una realidad extensa y profunda de la sociedad romana a principios del s. IV y bien asentada en las ciudades del Imperio y por tanto la Iglesia no es una consecuencia de la acción de Constantino, del poder de su Estado, ni de los emperadores cristianos que le sucedieron.

Ante la explosión de ideas, respuestas, organizaciones, que se dieron a las propuestas de Jesús, los especialistas en estos primeros siglos del cristianismo han tratado de descubrir líneas de desarrollo preferente, las cuales convergieron hacia un modelo más o menos unitario en el siglo III, para luego verse confirmado en Nicea y en los Concilios

posteriores. Las líneas divergentes terminaron por extinguirse o se separaron o fueron expulsadas de la Iglesia. Parece ser que hubo tres periodos significativos. El primero está caracterizado por la proliferación de comunidades fraternas, igualitarias, carismáticas, dependientes de Pablo de Tarso, de otros apóstoles o libres, que trataban de compartir ideas, vidas y bienes, idealizadas por Lucas en los Hechos, junto con muchas otras sectarias, fanáticas, apocalípticas, impregnadas pronto de pensamiento gnóstico esotérico, próximas a las comunidades joánicas.

El segundo periodo o línea de desarrollo corresponde a aquellas comunidades que tenían cierta estructura o cargos. De un lado las de origen principalmente judío con un consejo de ancianos (presbíteros), con un presidente que las dirigía y relacionadas entre sí con la comunidad o Iglesia de Jerusalén, que presidía Santiago el hermano del Señor (que no fue discípulo de Jesús sino su pariente más cercano, por tanto, por herencia de sangre). De otro las de origen principalmente gentil, que tenían cargos de administración o gobierno (obispos), relacionados entre sí (colegiados), y cargos de servicio de la comunidad (diáconos). El tercer periodo se caracteriza por la unificación. Las Iglesias se organizaron con la ordenación de los ministerios, obispos-presbíteros y de diáconos, confiriéndoles un estatus sacerdotal distinto al de los fieles, expulsando de la Iglesia a aquellas comunidades que no se vincularon a esta estructura.

#### 8. *El sacerdocio.*

Ni los cargos de origen griego de las comunidades cristianas del siglo I y II (obispos y diáconos), ni los de origen judío (presbíteros), tuvieron en su inicio en la mayoría de los casos un carácter sacerdotal o sacramental, sino puramente funcional o laico. No hay cristianos relevantes de la casta sacerdotal. La pérdida de sentido del culto tanto del judío como del pagano y su desprecio como inútil, hacen que pronto lo abandonen. Por tanto, los cargos no fueron en principio sacerdotales sino que se formaron por necesidad práctica de las primeras comunidades. Al reunirse en casas particulares, pues su jefe, su dueño/a, el padre o madre de la familia, era de forma natural el que las presidía, su obispo-presbítero. Comentaban las Escrituras, la vida y dichos de Jesús, en lo que destacaban los llamados *maestros*, probablemente itinerantes. Siempre daban tiempo a la inspiración carismática, lo que les sugería el “espíritu”, y algunos se hicieron expertos en esto, por lo que fueron llamados *profetas*. Supongo que estarían a la expectativa de que algún *testigo* de la resurrección de Jesús, o bien alguien que lo hubiese conocido en persona o escuchado su palabra, acudiese a su casa para oírle. La parte más significativa de la reunión era por supuesto la comida que bendecían tal como Jesús lo hacía, con la fracción del pan y su reparto entre los asistentes. Cualquier cristiano podía entonces ejercer las funciones sacerdotales, tal como las entendemos hoy.

Si estos fuesen los únicos hechos ocurridos tras la muerte y resurrección de Jesús, con el resultado de una serie de comunidades diversas enlazadas entre sí muy laxamente por enviados ocasionales de unas a otras, no habría ninguna razón para sostener un culto cristiano ni tampoco el sacerdocio. Jesús ni ordenó un culto ni dispuso unos sacerdotes para realizarlo. Entonces ¿de dónde sale? Pues dejando aparte la teología correspondiente, hay un rito que pasa casi desapercibido en el NT y que luego cobra la máxima importancia para la Iglesia: *la imposición de manos*. Con él se trasfiere una carisma o gracia para una determinada función, pero también como bendición, sanación, o confirmación. Leemos en los Hechos que se emplea el rito en la “ordenación” de los siete diáconos, también cuando mandan como “enviados” a Bernabé y Saulo desde Antioquia a extender el

mensaje de Jesús, o como se le recuerda a Timoteo sus obligaciones por su ordenación de “obispo” al imponerle las manos, y se le recomienda ciertas orientaciones para los candidatos a nuevas ordenaciones de obispos y diáconos que Timoteo vaya realizar, siguiendo un rito semejante.

Jesús no ordenó a ningún sacerdote. Lo que sí hizo Jesús fue formar a sus seguidores destacando entre ellos a Pedro, los hermanos Zebedeos Santiago y Juan, y un círculo variable de íntimos. Incluso es probable que la institución de los 12 Apóstoles, sea posterior a Jesús, originada en la fuente común de los tres evangelios sinópticos, pues tiene una lectura teológica en el sentido de la formación de una nueva alianza, un nuevo pueblo, comparable a las 12 tribus de Israel. La ordenación sacerdotal documentada con el rito de la imposición de manos, parte de Pedro, de Juan Zebedeo, de Santiago el hermano de Jesús y de Pablo de Tarso, haciendo notar que estos dos últimos no fueron discípulos de Jesús. Siguiendo la tradición, la Iglesia institucional cultural y sacerdotal se asienta en Pedro y Pablo.

Pero para mí, carece de sentido separar a estos dos apóstoles de Jesús como algunos hoy insinúan diciendo que la Iglesia no procede de Jesús sino de Pablo, de Pedro o de ambos. En realidad, yo creo siguiendo la tradición que ninguno de los dos hace algo nuevo, como propio e independiente, sino siempre lo hacen en referencia a Jesús. ¿Se equivocaron al promocionar una Iglesia, con un nuevo sacerdocio y culto? Yo creo que no, que tanto el sacerdocio como los sacramentos del culto tienen su fundamento en Jesús, pues proceden de él. Para negar la tradición de que Jesús transfirió su poder sacramental a los apóstoles, habrá que aportar pruebas de ello tales como que Jesús se negase expresamente a hacerlo, cosa que no aparece en ningún documento, o bien que simplemente no lo hizo; pero conocer “todo” lo que hizo o dejó de hacer Jesús, pues desde nuestra situación es imposible. Negar la tradición es sólo una opinión que puede estar equivocada, y en todo caso habrá que decir las razones por las que se hace.

El resultado previsible de la promoción por parte de la Iglesia del sacerdocio y del culto, fue que los cargos o ministerios pronto acumularon todas las funciones, (los obispos y sus presbíteros de presidencia del culto y gobierno, y los diáconos las de servicios), lo cual provocó que los fieles quedaran sin funciones como sujetos pasivos, creándose la división entre el clero y laicos que perdura hasta hoy. La tendencia actual y que yo apoyo, trata de disminuir o incluso disolver la frontera que los separa desde entonces.

### *9. La función episcopal.*

Las Iglesias cristianas están presididas por un obispo, relacionados entre sí por ordenación y estructura colegiada, a los cuales admitimos por la fe, pues creemos que están en línea legítima con el testimonio apostólico. Creemos que esta línea se remonta directamente en el tiempo hasta los Apóstoles Pedro y Pablo, y con aquellos que presidieron las primeras Iglesias cristianas, a pesar de la diversidad de los primeros tiempos de la Iglesia. La base de la teología de la sucesión apostólica iniciada por los Padres Apostólicos a finales del siglo II, es razonablemente posible, dada la temprana tradición de la autoridad que representaron los discípulos directos de Jesús y testigos de su resurrección, y luego de sus sucesores. Además, la proliferación desde el principio de obispos inspectores o enviados itinerantes para el control de las comunidades que se formaban en todo el Imperio, que partían tanto desde Jerusalén como desde Antioquia y luego desde Roma, hace suponer líneas ininterrumpidas episcopales de las principales sedes, bien por su relación o

proximidad, o bien por hacerse más o menos permanentes, correspondan o no a las listas dadas entre otros por Ireneo.

La fijación de los obispos en sus sedes es un hecho tardío en la Iglesia, pues se inicia a finales del siglo II. Fue en el siglo III, cuando la Iglesia toma la estructura jerarquizada del Imperio, con su organización en 12 diócesis y 100 provincias dada por el emperador Diocleciano (284-305) para el imperio, a pesar de que este emperador promovió una de las persecuciones más sangrientas contra la Iglesia. Así se establecieron obispos, obispos metropolitanos (arzobispos), y patriarcas para las grandes urbes del imperio. Su fuerza y poder creció hasta convertirse en grandes señores con patrimonio propio, que con el tiempo tomó carácter monárquico incluso heredable en sus hijos y parentela. De aquí la importancia del celibato para impedir que el patrimonio de la Iglesia pasase a manos particulares.

Es evidente que las funciones del obispo son necesarias. De un lado sostienen la vinculación de su diócesis con la Iglesia general, y de otro mantienen el testimonio apostólico y el magisterio de la Iglesia, así como la presidencia del culto y del gobierno de su diócesis. Supongamos que pertenecemos a una comunidad libre y carismática. ¿Cómo asegurarse que se está en la ruta correcta de seguimiento a Jesús, si no hay nadie a quien recurrir cuando se originan los problemas y divergencias en cuestiones fundamentales? El recurso a un maestro de probada competencia sería lo lógico, pero además tendría que tener autoridad suficiente para restablecer el orden. Problemas similares se relatan en los Hechos, y vemos como la comunidad se dirige al apóstol, a aquel que les transmitió la fe. Y también se relata, como estos apóstoles se reúnen entre sí para limar diferencias y tomar disposiciones prácticas.

La institución episcopal la considero no sólo necesaria, sino que manifiesta la propia identidad cristiana, la cual no se entendería sin esa institución. El obispo no sólo preside, sino que es el centro de cada Iglesia, desde el momento en que esa forma de presidencia de la asamblea se generalizó, desplazando a las comunidades que no se acomodaron y quedaron fuera de la Iglesia. Pero el obispo como servicio necesario a cada Iglesia, no tiene por qué ser considerado como un señor con autoridad y honores a modo de gobernador o monarca, aunque muchas veces en la historia ha sido considerado ambas cosas, mientras que otros no pasan de ser meros delegados papales. Podría haber una estructura más democrática o asamblearia, elegido o propuesto por sus feligreses incluso durante un tiempo definido, cosa que en los primeros siglos era lo más frecuente.

Por otro lado, creo que el acceso al obispado, debe estar abierto a toda persona sin discriminaciones de ningún tipo. Hoy no puede entenderse en relación con la justicia, que se defiendan posturas contrarias a los derechos humanos. Y discriminación quiere decir con respecto al sexo, estado civil, raza o condición. El que existan o no obispos casados o mujeres, es una cuestión negada desde posiciones de uso y costumbre o tradicionales, que son marginales. Pedro y la mayoría de los Apóstoles eran casados. Se dice que las mujeres no pueden ser obispos porque ni Cristo ni los apóstoles fueron mujeres. ¿Pero es que acaso en las condiciones históricas de aquel tiempo podían serlo? ¿Es que acaso no fue María Magdalena la primera “testigo de la resurrección” y por tanto “apóstol”? La condición de Pablo como apóstol ¿no proviene de ser testigo del resucitado cuando se dirigía a Damasco? Además, a pesar de las condiciones de la mujer en aquella época, algunas de ellas tuvieron responsabilidades dirigentes en algunas comunidades. Jesús jamás discriminó a las mujeres, ni los Apóstoles tampoco. Creo que sin tener en cuenta el

peso que tienen en nuestro mundo las cuestiones discriminatorias, se ha querido pasar página demasiado rápida. Pronto tendrá que ser revisada.

Otro problema distinto es la cuestión del celibato de los presbíteros, que también cae dentro del capítulo de usos y costumbres. Abordar el problema por cuenta del servicio siempre es discutible, pues para unos será mejor lo que para otros es una clara desventaja y a la inversa. Abordarlo desde la falta de vocaciones, no es seguro que el problema se resolvería si se ordenaran hombres casados o mujeres, ejemplos varios hay en las iglesias evangélicas. El celibato puede ser considerado como un voto, que puede medir la capacidad de entrega de las personas que aspiran a la ordenación. También como una medida de virtud de las personas consagradas. Para mí es una cuestión particular, que puede estar regulado para cierto número de comunidades o de órdenes religiosas, pero que no puede ser general como requisito del clero o de la jerarquía, porque supondría discriminación contra derecho.

#### *10. Lo que deseo que fuese mi Iglesia.*

En primer lugar, más humana, es decir, más libre e igualitaria, más comprensiva y compasiva, más fraterna y solidaria. No veo ninguna razón, ni atiende a justicia, la división profunda que aún se mantiene entre el clero y los laicos. Los cargos ministeriales en la Iglesia tienen por supuesto un valor sacramental, pero precisamente por eso tienen carácter de servicio a la comunidad, y no de gobierno y poder sobre ella. Jesús ya nos previno de la diferencia entre el poder y gobierno de la sociedad civil y el que debe darse entre sus discípulos. Ejercer el magisterio no significa el dominio y sumisión de los fieles a su autoridad por el poder, sino poner su cargo y función de “maestro” y “testigo” al servicio de las comunidades de su diócesis. Jesús nos dice: “el mayor entre vosotros que sea el menor”.

Yo quisiera que mi Iglesia estuviese centrada en las pequeñas comunidades fraternas que describe Lucas en los Hechos. Comunidades abiertas a todo tipo de personas, sin discriminaciones de edad, competencia, preparación, sexo, capacidad o condición, con el objetivo común de la necesaria ayuda mutua en el seguimiento de Cristo. Estas comunidades estarían vinculadas con otras semejantes en la Parroquia, considerada como comunidad de comunidades, siendo el presbítero o párroco el que ejerce el servicio de común-uniión entre ellas y con toda la Iglesia a través de su obispo. Si las comunidades carismáticas de los primeros tiempos de la Iglesia o las formadas en la Reforma fracasaron, fue porque o bien se desligaron del magisterio de la Iglesia o bien no estaba claro donde estaba la autoridad y la ortodoxia católica. Hoy este problema está resuelto por la estructura de la Iglesia que ha llegado a nosotros. Si una comunidad se desvía hacia propuestas carismáticas extravagantes o hacia actividades políticas que no son propias de la Iglesia, pues siempre habrá que tener claro la autoridad del presbítero o en su caso del obispo para corregirlas, deshacerlas o apartarlas, si se empeñan en seguir una ruta distinta a la general de la Iglesia.

Las dificultades para impulsar que las parroquias sean comunidad de comunidades son muchas, en particular la pasividad de los fieles laicos de un lado y de otro el excesivo protagonismo de los párrocos que quieren hacerlo todo y que todo dependa de ellos. Una gran mayoría de párrocos creen que deben organizar, gobernar, dirigir y ejecutar todo cuanto ocurre en su parroquia, siendo siempre el que toma todas las decisiones. Los fieles para él sólo tienen la función de ayudarlo en su labor, organizando grupos de los más

comprometidos para distintas funciones delegadas como son caritativas, litúrgicas, administrativas, económicas, gestoras o pastorales. La división entre el clero y laicos no se mitiga, sino que continua haciendo de la Iglesia un asunto del clero y jerarquía, manteniendo los laicos una posición subordinada que como mucho ayuda al clero en sus funciones, que sigue considerándose lo esencial, principal y primero en la Iglesia. La Iglesia somos todos, pero esto en la práctica no se realiza.

También me gustaría que mi Iglesia fuese más divina, es decir, más santa, con menos hojarasca podrida que le impide anunciar a Jesús con credibilidad. Menos ligada al poder, a las formas externas de la liturgia, a protagonismos innecesarios. Me gustaría que fuese un remanso de paz y de oración, en donde se nos indique como avanzar en el seguimiento de Cristo y cargar las pilas para hacerlo. Me gustaría.....

### 11. *El papado romano.*

Hablar de magisterio en la Iglesia es lo mismo que hablar del Papa romano, pues tiene en ella la última palabra. Sin embargo, muchos cristianos no consideran que el obispo de Roma tenga en exclusiva el magisterio de la Iglesia en última instancia. Esta posición es en parte razonable puesto que Jesús ni fundó una Iglesia, ni mucho menos sus obispos y papas. Con todo, resulta indiscutible a partir de Nicea y los Concilios posteriores, el primado del obispo de Roma entre las restantes sedes episcopales. Otra cosa es lo que significa ese primado y el alcance que tiene. Desde una posición papista en la que se considera al Papa como dictador imperial, cuya autoridad y voluntad es la de la Iglesia uniformada y sumisa, vicario de Cristo y del poder de Dios sobre la Tierra, hasta considerarlo como un obispo más, integrado en el colegio episcopal de la Iglesia, sin otra función que firmar o dar el visto bueno a las decisiones de los concilios ecuménicos y de cuando en cuando reclamar la atención mediante cartas pastorales.

Si en Nicea se reconoce el primado romano junto a los patriarcados de Alejandría y Antioquia, fue porque provenía de la tradición que era aceptada por la generalidad de la Iglesia y de los obispos conciliares, aunque fuese forzada por deseo del emperador Constantino. Si se piensa que fue un invento pues habrá que retrotraerlo al siglo II, puesto que hay documentos que apoyan el primado romano desde fechas tempranas. Por ejemplo, Ireneo de Lyon, obispo de 177 al 202, apoyándose según él en la tradición, confecciona una lista de sucesión episcopal para la sede romana, señalando a Lino como su primer obispo. Pedro no fue obispo ni de Roma ni de ninguna otra sede. Parece ser que es una lista en parte inventada, para apoyar la teología de la sucesión apostólica que entonces comenzaba. Pero aparte de estos datos contradictorios, la autoridad del obispo de Roma se puede ver en las controversias sobre asuntos diversos con otros obispos. Por ejemplo: entre Victor de Roma (189-199) con Ireneo de Lyon; entre Esteban de Roma (254-257) con Cipriano de Cartago; entre Dionisio de Roma (259-268) y Dionisio de Alejandría; también disposiciones generales como las del papa Clemente (88-97) o Calixto de Roma (217- 222); las alabanzas no sólo a la preeminencia de la Iglesia de Roma sino a su obispo como las de Ignacio de Antioquia (110) entre muchos otros. Todo ello indica que el primado de la Iglesia de Roma y su obispo, surge desde el primer siglo de la Iglesia, aunque su autoridad y jurisdicción sea una cuestión debatida a lo largo de los siglos, como es evidente, dado que el dogma de la infalibilidad papal no se produce hasta el Concilio Vaticano I del siglo XIX.

Lo lógico es que el primado de la Iglesia fuese naturalmente la Iglesia de Jerusalén, y de

hecho fue así hasta el año 70. Desde el primer momento vemos relatar en los Hechos de los Apóstoles, que se hacen colectas para enviarlas a Jerusalén, sede principal y primera de la Iglesia, la cual preside Santiago, hermano de Jesús. Pero este Santiago no fue siquiera discípulo de Jesús, de modo que el primado apostólico corresponde sin discusión a Pedro, como se destaca en los evangelios, al que se une muy pronto el de Pablo. Cuando Jerusalén sufre dificultades con el levantamiento judío (66-70 dC), con las consecuencias por la guerra de desorden y serias dificultades en las sinagogas judías e iglesias cristianas, resulta una Jerusalén disminuida, con una Iglesia insignificante, quedando dependiente de la sede episcopal de Cesarea. Es lógico que fuese Roma el centro de la cristiandad la que la sustituyera, superando a Antioquia de fundación más antigua, aunque ambas tuviesen un origen petrino y paulino, como también reclamaba para sí la sede de Alejandría. Esto sucedió porque la Iglesia de Roma había tenido un éxito apostólico enorme, un ejemplo para las demás, cuyo prestigio creció ante las otras sedes porque según la tradición los apóstoles Pedro y Pablo sufrieron el martirio en ella, pero es sobre todo por ser la metrópoli del Imperio, por lo que se coloca a la cabeza de las iglesias cristianas.

Considero que la función del Papa es fundamental en la marcha de la Iglesia, porque es la única forma de mantener la unión de los cristianos y no separados en grupos y subgrupos enfrentados entre sí. Otra cosa distinta es que esté de acuerdo con todo lo que el papado ha realizado en la historia y que se me impida el no poder ser crítico con algunas de sus propuestas, en atención a la infalibilidad del Papa. La historia de la Iglesia es muy larga y en ella ha habido con cierta frecuencia papas y en general miembros del clero, sacerdotes u obispos, inmorales, corruptos, malvados, pero a pesar de que le hacen mucho daño a la Iglesia y dejan su credibilidad por los suelos, no por ello anula la autoridad de magisterio del Papa ni la que corresponde a las órdenes ministeriales de la Iglesia. Una cosa es la persona que desempeña el cargo, con sus virtudes y defectos, si lo hace mejor o peor, y otra es la función del cargo, lo que representa y significa.

Admito el magisterio de la Iglesia hasta la infalibilidad del Papa en cuestiones fundamentales, puesto que la ruta para seguir a Cristo tiene que estar abierta en la Iglesia, despejando las dificultades y marcando la dirección correcta. En el caso de fuerte disidencia por mi parte, trataría de defender en conciencia mis tesis, hasta el extremo y con todas mis fuerzas. Sin embargo, si me viera obligado como muchos teólogos al retracto o al silencio, acataría la decisión de la Iglesia porque, aunque no viese el error probablemente estaría haciendo a la Iglesia más daño que beneficio, provocando desunión o dudas en la fe, sobre todo para los débiles como diría San Pablo. En este caso pensaría que tal vez no es el momento, o que el camino correcto para la difusión de ciertas ideas no sea el adecuado, aunque piense que sean correctas, razonables o incluso llenas de fuerza, pero también como no, habría que considerar seriamente la posibilidad de que simplemente mis ideas sean erróneas y tenga que revisarlas.

De ningún modo rompería los lazos con la Iglesia por razones teológicas. No comparto con algunos de los teólogos de la Teología de la Liberación, que abandonaron la Iglesia para seguir sus propios caminos. Jamás la Iglesia podrá mejorar desde las posiciones críticas a ella, si estas la abandonan como ocurrió desgraciadamente en la Reforma. Es desde dentro uniendo voluntades y no sembrando confusión y desaliento, como se robustece la Iglesia y se contribuye a su desarrollo, que consiste en estar a la altura y tener suficiente credibilidad para proclamar el mensaje de Cristo del modo más eficaz posible, en este mundo nuestro tan complejo y difícil en el que nos ha tocado vivir.

## 12. *El culto de la Iglesia.*

### *La liturgia*

Es difícil seguir el ritual litúrgico que la Iglesia Católica ha dictado para Occidente. Cuando después del concilio Vaticano II se hicieron importantes renovaciones, parecía que terminarían en formas más actualizadas. Pero nuevos vientos conservadores frenaron el proceso. Es una lástima cuando se ven perfectamente inculturizados los ritos de la Iglesia en otras latitudes, en Sudamérica o África por ejemplo, en Europa se haya detenido el proceso, en modos que nada tienen que ver con la cultura de nuestras sociedades. Para mí y creo que para demasiada gente, se hacen inaguantables y prácticamente incomprensibles. Las Iglesias a pesar de la nueva ola conservadora en España, las Iglesias siguen medio vacías con escaso servicio. Pero es lo que hay, y habrá que aguantar hasta tiempos mejores sin dejar de hacer la presión necesaria.

### *Confesión*

No sólo se trata de la Misa, que es lo más importante del culto, sino también en los sacramentos, en especial el de la penitencia. El modo de la confesión personal, traída por monjes irlandosescoces al resto de Europa (siglos VII- IX), se impuso de forma general en Trento. Creo que ha llegado la hora de modificarlo drásticamente. Por otro lado, la confesión es para mí un sacramento antipático y desagradable ¿por qué contarle a un cura mis intimidades? ¿no bastaría pedir perdón ante Dios? Sin embargo, tengo que reconocer dos cosas. Primero, que Cristo dio a los Apóstoles el poder que él tenía de perdonar los pecados, como claramente se relata en el NT y por tanto que ese poder pasa a la Iglesia. Segundo, que me parece muy conveniente, que un “buen sacerdote”, no sólo preparado sino adecuado a la personalidad del que se confiesa, sepa aconsejarle, acogerle y acompañarle, en la práctica de su fe. ¿Por qué? Pues porque a menudo, son muchas las dificultades que uno encuentra para seguir a Jesús y continuar, contra viento y marea, en la Iglesia Católica.

### *Bautizo*

Para algunos el bautizar a los recién nacidos de padres cristianos, piensan que es un atropello a la libertad de las personas. Es cierto que por el bautismo se entra a formar parte de la Iglesia. Pero el bautismo si no va más allá de un rito cultural, si sólo es un signo externo y no va acompañado de la asunción de los compromisos que el signo muestra, entonces es vacío, como lo sería cualquier otro sacramento de la Iglesia. Aunque el sujeto que debe asumir los compromisos en el bautismo por lo común sea un recién nacido, la asunción de la responsabilidad de los padres y padrinos sólo puede ser una propuesta de futuro, la de renovar las promesas bautismales No veo ninguna dificultad en ello puesto que el bautismo es un sacramento proyectado al futuro, de renovación, de compromiso con las promesas bautismales que son asumidas a lo largo de toda la vida por el cristiano. ¿Qué importancia tiene que comience en el recién nacido en el adolescente o en el adulto? El bautismo no es ningún título excluyente, ni un visado para el cielo, sino el signo de un compromiso que los padres y padrinos asumen, para que en su día el bautizado renueve su compromiso con Dios y la Iglesia. Pienso que los padres cristianos tienen el derecho e incluso el deber de educar a sus hijos en la religión que profesan y por tanto a bautizar a sus hijos si ese es su deseo. Luego dependerá de los hijos si siguen o no los caminos trazados.

### *Eucaristía*

El sacramento fundamental de la Iglesia Católica es sin duda la eucaristía, porque en ella

se proclama, se recuerda y se revive, la muerte y resurrección de Cristo. No puedo restarle importancia, inventándome un proceder de Jesús opuesto a cualquier tipo de culto o de liturgia, porque es evidente en el NT que Jesús instituye la eucaristía en la última cena, que los Apóstoles continúan, y la Iglesia conserva sin interrupción hasta hoy, dando así cumplimiento a su promesa de estar con sus discípulos hasta el fin del mundo. Sin embargo, se me revuelve todo por dentro, cuando entramos en el terreno resbaladizo de la magia. La Iglesia dice sin titubear, que el pan y el vino consagrado, se transforman realmente por transubstanciación, en el cuerpo y la sangre de Cristo. ¡Tremendo!, ¿verdad? No obstante, si químicamente analizamos el pan y vino consagrado, naturalmente obtenemos pan y vino, y no carne y sangre. La palabreja transubstanciación necesariamente tiene que referirse a otra cosa diferente de sustancia química. La ciencia entonces tiene que callar, porque aquí se habla de algo distinto, en el que sólo interviene la fe. Pienso que sencillamente los cristianos creemos en la palabra de Cristo que dice, “esto es mi cuerpo, esta es mi sangre”, porque quiere y puede permanecer junto a los suyos en esa forma. Símbolo, signo, misterio... ¿qué importancia tiene?

Los católicos frecuentamos la eucaristía, porque es una gozada. Por unos momentos estamos Cristo, yo y todos juntos, formando de alguna manera una cosa común, hechizados, magnetizados por su presencia, transformados, unidos a él. Muy pronto el hechizo se desvanece y volvemos a nuestras cosas. Nuestra transformación en otro Cristo, ha durado muy poco. No obstante, pienso que todo no se pierde, sino que lentamente, paso a paso, va dejando un sedimento, un fondo de emoción, sentimiento, de religión, que si no se desvirtúa, empujan el seguimiento de Jesús en el que estamos empeñados. Muchos por el contrario piensan que todo ello no sirve de nada, pues ven con frecuencia ejemplos de católicos muy devotos y practicantes, con una altísima frecuencia de comunión, y que nada tienen que ver con Jesús de Nazaret. Sin duda lo primero es la fe y el seguimiento de Cristo, y si no hay ninguna intención de seguirlo, todo el resto no vale de nada, por muchos ritos y sacramentos que se hagan. Pero, por otra parte, el imitar a Cristo, el seguirle, es tan difícil, somos tan imbéciles y torpes, que, aunque pongamos todo nuestro empeño, energía y pasión, no conseguimos nada. Por tanto, todo aquello que pueda ayudar, pues bienvenido sea.

### *Sacramentos sociales*

Creo que la Iglesia debe defender y preservar la sacralidad del sacramento de la eucaristía, y también de los demás como el del matrimonio, bautizo, primeras comuniones o confirmaciones. A menudo estos se confunden con actos sociales importantes, donde se derrocha largamente en regalos y banquetes, reduciendo a la insignificancia su sentido religioso. La Iglesia no debe colaborar a la banalización de sus sacramentos, y muchas veces y con razón se niega a administrarlos. Está en su derecho de retenerlos, pero este impedimento ha impulsado a una gran parte de nuestra sociedad, a no contar con la Iglesia en los momentos de su vida más significativos.

La Iglesia es muy rica en ceremonias de todo tipo, ¿por qué no podría señalar un ritual de acogida para los actos sociales significativos en la vida de las personas, independientemente del sacramento religioso y sagrado? Quizás mucha gente contaría con la Iglesia para sus celebraciones, aunque no sean creyentes, ni practicantes, pero vendrían a la Iglesia a festejarlos. La Iglesia les daría acogida y bendiciones. ¿Por qué la Iglesia iba a negar su bendición a nadie, aunque sea el más pecador de todos los hombres? La Iglesia bendice casas, objetos de todo tipo, cualquier animal etc., ¿por qué no a cualquier hombre sin distinciones? ¿Es que acaso tienen mayor dignidad esos objetos que

una persona humana sea cual sea, y tenga las ideas que tenga? Si quieren festejar con la Iglesia su matrimonio civil, la mayoría de edad de sus hijos, los entierros, ¿qué impide a la Iglesia acogerlos y bendecirlos? Es una lástima que se les pongan toda clase de impedimentos a los que quieren festejar con la Iglesia. ¿Por qué razón los rechazan? ¿Por qué la Iglesia tiene que negarse a participar de la alegría y la fiesta de la gente corriente? Por el contrario la Iglesia tendría que ofrecerse a que acudan a ella sean quienes sean, que cuenten con ella para recibir todas las bendiciones. ¿Esta actitud acaso facilita el pecado? Creo que no, sino todo lo contrario. Si la Iglesia se niega a recibirlos, es entonces cuando siembra odio y desprecio. Tal vez a estas alturas ya sea demasiado tarde.

La Iglesia siempre supo participar en todas las fiestas paganas imprimiéndoles un sello cristiano, pero en este tiempo nuestro su celo por la sacralidad ha obligado a la sociedad cada vez más laica, a no contar con la Iglesia para sus celebraciones. No me refiero a los que no quieren, los que me preocupan son los que quieren por los motivos que sean y no se les deja. Es una lástima porque se está perdiendo una oportunidad de oro para muchos, que sólo pisan la Iglesia en esas ocasiones señaladas. Sepelios, bautizos, primeras comuniones, confirmaciones, matrimonios de ellos mismos o de sus familiares, amigos, compañeros o conocidos, es su única práctica religiosa. ¿Por qué razón vamos a quitársela? ¿qué sabemos nosotros si en ellas se abre una oportunidad para la fe? La Iglesia debe encontrar fórmulas adecuadas con urgencia de acogida no de rechazo, sin alterar para nada la sacralidad y respeto a sus sacramentos. Simplemente creo que es posible separar las celebraciones en dos ceremonias distintas, una sacramental exclusiva y excluyente, la otra de bendición abierta y de acogida para todos.

#### *Las imágenes.*

Es cuanto menos chocante para mí, el culto que se le da en la Iglesia a las imágenes de Santos y en particular a los miles de Vírgenes repartidas por el mundo hasta los lugares más remotos. Ya sé que el movimiento iconoclasta fue vencido definitivamente en el concilio Nicea II (727), el VII de los concilios ecuménicos, en el que el último padre de la Iglesia Juan Damasceno tuvo un papel preeminente. La Reforma puso otra vez el problema en el candelero y una vez más el concilio de Trento dictaminó en favor de las imágenes.

Sin embargo, una parte considerable del AT está dedicado a la lucha incondicional contra la representación en imágenes de Dios. Yahvé fue en ocasiones representado como becerro de oro, imagen de la divinidad en los pueblos del entorno de Israel, pero es severamente condenado por los profetas. El segundo mandamiento de la Ley Mosaica, es dado expresamente contra la realización de imágenes de Dios, el cual es sustituido deliberadamente por la Iglesia contra la banal utilización del nombre de Dios, la blasfemia. Es de destacar el horror que les producía a los primeros cristianos y también a los judíos, la cantidad de ídolos de las ciudades del imperio pagano. ¿Cómo se puede pasar a la proliferación de imágenes en el cristianismo? La práctica de la veneración de imágenes está rozando la idolatría. Más aún cuando el pueblo rivaliza entre el poder milagrero atribuido a distintas imágenes todas ellas de la misma Virgen María. ¿Cómo puede explicarse? La Iglesia en lugar de manifestarse contra esos abusos los potencia, basándose en dar apoyo a una supuesta religiosidad popular, en una especie de todo vale con tal de que exista práctica religiosa. Pero no puedo evitar las comparaciones entre ciertos dioses paganos y ciertas imágenes católicas.

No tengo una postura intransigente contra las imágenes, me parecen a veces didácticas y

otras dignas de veneración, como representaciones de la vida de Jesús en el arte. Cristo es un hombre como otro cualquiera tras su encarnación, como lo es la Virgen María y los Santos, y por tanto representables reales y no entelequias espirituales o principios abstractos. Pero me parece un abuso deshonesto, la promoción de poderes sobrenaturales y milagrosos en esculturas y pinturas por parte de la Iglesia, como si fueran por sí mismas verdaderas encarnaciones mágicas de los hombres y mujeres que representan. Imágenes e iconos por otro lado pueden ser una forma más de oración, de comunicación del hombre con Dios, junto con otros sacramentales y devociones.

### 13. *El ecumenismo.*

Las Iglesias cristianas dan aún hoy en el mundo una imagen de desunión y a veces de enfrentamiento, que contradice el anuncio del Evangelio. El movimiento ecuménico de los cristianos, está dando lugar a un claro acercamiento, vislumbrando en el horizonte la posibilidad de una comunión plena.

Dejando para otra ocasión algunas de las diferencias teológicas, no demasiado importantes que tienen entre sí, pienso que los problemas de relación son principalmente reticencias y enfrentamientos históricos, con insultos y descalificaciones mutuas, que a menudo son sólo problemas de identidad nacional y de jurisdicción administrativa. ¿De verdad estas heridas tienen hoy tanta importancia, como para seguir separados, buscando argumentos a menudo falaces, que la justifiquen? Se comprende que en el pasado los pueblos se identificaran a sí mismos por su cultura, su lengua y por su religión. Por tanto esta se vio comprometida, no sólo con los pueblos, sino con los sistemas de poder, envuelta en las expansiones de imperios y guerras de conquista. De ahí el florecimiento de las numerosas Iglesias nacionales y separadas entre sí, no por problemas religiosos sino con la finalidad de diferenciarse. Yo espero que pronto la libertad religiosa sea una realidad globalizada, que los sistemas religiosos se separen de los Estados y a la inversa, que los Estados abandonen su confesionalidad y permitan la pluralidad de creencias y religiones dejándolas libres de sus ligámenes políticos. Hoy nadie entendería que para ser español fuese necesario ser cristiano católico y no baptista, metodista, budista, musulmán o ateo.

Tal vez uno de los principales obstáculos sea la comunión con el Papa de Roma, para el resto de Iglesias con estructura episcopal no católicas. Pienso que quizás Roma tenga un peso histórico demasiado ligado al poder político, y que para el resto de Iglesias no católicas, sea el símbolo de la desunión y la intolerancia. Puede que cambiando la sede del papado a otra consensuada por todas, disipe ciertas resistencias. Una sugerencia podría ser Antioquia, hoy una pequeña ciudad turca, pues como Roma remonta su origen a Pedro y Pablo, siendo la comunidad de donde parte la nominación de cristianos para los seguidores de Jesús, y es incluso la primera fundación apostólica anterior a Roma. Jerusalén es sin duda el punto de referencia principal pues es la ciudad de la vida, muerte y resurrección de Jesús, origen del legado apostólico. Pero Jerusalén es también el punto de confluencia de las tres religiones monoteístas y no exclusivamente cristiano como Antioquia, que carece de significación judía o islámica. Jerusalén es el símbolo de unión de las tres religiones llamadas a entenderse, y en un futuro aún lejano a encontrarse.

Seguramente será posible encontrar fórmulas adecuadas para superar las diferencias entre

las distintas Iglesias cristianas, sin alterar el contenido de la función papal en la Iglesia y su legitimidad, si se garantiza a las Iglesias particulares un grado de autonomía suficiente. El camino probablemente no sea unificar estructuras, ni las distintas liturgias, ni las prácticas sacramentales o religiosas, ni amalgamar todas las diferencias teológicas y de fe en un sincretismo uniforme, sino levantar las excomuniones mutuas, destacar lo que tenemos en común y establecer, cuando sea posible la comunión eucarística. Los gestos de acercamiento son significativos e importantes como los realizados por los últimos papas, participando en ritos Ortodoxos y de la Reforma, incluso entrando en sinagogas y mezquitas, haciendo oraciones conjuntas con las religiones del mundo.

Las diferencias que nos separan pueden ser muy acusadas si nos colocamos en línea fundamentalista, aferrándonos a una verdad totalitaria, simplista, sin matices, anatematizando a todos los que se oponen a ella. Es cierto que la integración en una Iglesia o comunidad que imponga normas o reglas muy rígidas, impide la expresión carismática o profética inspirada por el Espíritu a nivel personal, tan necesario para la fe. Por contra, las comunidades proféticas y carismáticas, libres y diversas que han surgido desde la Reforma hasta ahora, que pretenden para sí una similitud superior con las del periodo apostólico, que fueron sin duda las primeras, originales, más próximas a Jesús, muchos cristianos pretenden encontrar en ellas un cristianismo más puro y auténtico. Sin embargo, no creo que por ser antiguo y primitivo, contenga más autenticidad que lo que ha sido analizado meticulosamente, probado a lo largo de la historia y aceptado por el conjunto de la comunidad de creyentes. La legitimidad de la libertad de conciencia e interpretación, sin ninguna limitación, supone también a la larga una fragmentación y atomización de los modos de pensamiento, proclamación y expresión de la fe, que conduce a su disolución y a la imposibilidad de reconocimiento, que impide la difusión del mensaje de Cristo con suficiente credibilidad. Entre ambos extremos, siempre es posible encontrar dentro de la enorme diversidad y pluralidad de las Iglesias cristianas, aquella con la cual uno se siente más identificado y acogido. Es básico para el sentido ecuménico, no sólo la tolerancia y el respeto, sino el reconocimiento de la pluralidad de formas distintas y legítimas de seguimiento a Cristo.

Para muchos es difícil aceptar una Iglesia triunfante, porque tiene el peligro de hacerse prepotente, estableciendo normas rígidas y cargas insoportables a sus fieles, siendo con frecuencia codiciada por el poder político, imponiéndole sus modos. Pierde la frescura, la espontaneidad de los primeros tiempos, la pureza de su mensaje original, que se ve investido con ropajes y complejo boato, que lo hacen prácticamente irreconocible. ¿Pero acaso podemos rechazar que la Iglesia haya triunfado sobre las demás religiones de su entorno? ¿Cómo habría llegado su mensaje a nosotros? El precio a pagar por el triunfo es muy caro, pero sin duda creo que valió la pena. No sólo nos ha pasado a los cristianos, sino también a los musulmanes, a los budistas, y a todas las religiones triunfantes en general, lo que parece ser su desarrollo natural y lógico, aunque no considero sus consecuencias deseables, lo asumo como una realidad inevitable.

Me apunto a la Iglesia Católica Romana, porque es la que me ofrece más garantías sobre las Escrituras y su interpretación, la que, a pesar de las luces y las sombras de su historia, es la única que puede ejercer el servicio de común-uniión de todos los cristianos junto al Papa, entendido en sentido ecuménico. Por eso creo que el servicio del papado es esencial para toda la Iglesia. Puede haber en la Iglesia tensiones en defensa de derechos vulnerados, enfrentamientos doctrinales, estructurales o de práctica religiosa, pero ello no puede concluir en separación y rotura, porque en lugar de edificar una Iglesia mejor, para

que sea el vehículo eficaz y creíble de seguimiento a Cristo, lo que se hace es enquistarla en sus pretendidas razones o justificaciones, y en definitiva destruirla.

Por eso no puedo apoyar ningún cisma, ni tampoco la separación de las Iglesias de la Reforma por la que Occidente y sobre todo Europa, ha pagado con siglos de historia de conflictos. Que la Iglesia Medieval Romana requería una reforma nadie puede hoy ponerlo en duda, pero el precio de la separación entre cristianos es demasiado grave. ¿Por qué voy a dar más crédito a las interpretaciones particulares de alguno, por muy importante que sea como Lutero, Calvino, Grebel, Spener, Wesley, o Scheleiermacher, que al conjunto de la Iglesia? Naturalmente que los leeré y alguno estudiaré con la máxima atención, pero no hasta el punto de cambiar mis creencias, compromisos y fidelidades, sobre todo cuando puede suponer una separación de la Iglesia, colaborando en la desunión que padece.

¿Dónde queda el espíritu rompedor, heterodoxo de Pablo, de Jesús, de Moisés, de Abraham? Pienso que lo rompedor no está en separar, en dividir, sino en descubrir y denunciar todo aquello que oculta lo esencial del mensaje. Por tanto, no se trata de formar guetos de iluminados heterodoxos, aferrados a su verdad fundamentalista, que promueven la exclusión de los demás, sino transformar incluso demoler todo lo que impide el anuncio evangélico desde dentro de la Iglesia, en una diversidad de formas de expresión de la fe legítimas, que en lugar de romper la unión, la refuerzan. La culpa no es sólo de los reformadores, sino también fue de la Iglesia Romana Medieval por estar demasiado aferrada a sus formas, que impedía el anuncio del evangelio. El problema no es quien se separó de quien, porque cada una cree que es la otra la que se ha separado de la Iglesia original, con razones que son difíciles de decantar. Ambos son culpables de la rotura. La Iglesia Católica ha comprendido ahora, la necesidad de la reforma, ha pedido perdón por su culpa, y ha abandonado el paradigma medieval con el Vaticano II. Lutero se equivocó al provocar la rotura de la Iglesia, pero esta también por no aceptar a tiempo la reforma necesaria.

#### 14. *La Iglesia hoy.*

¿Está actualmente la Iglesia Católica en condiciones, de anunciar al mundo con autenticidad, a Jesús de Nazaret? Si no la tuviera, si no tuviera ningún margen de credibilidad, no tendría ninguna razón para su supervivencia. Sería una institución con profundas raíces históricas, sostenida simplemente por su poder e influencia, de la que muchos aplaudirían su caída. Sin embargo, pienso que si ponemos cuidado e interés en quitar la hojarasca, se ve la figura de Cristo y su mensaje en la Iglesia, con la nitidez suficiente.

Voto por una Iglesia embebida en todos los ámbitos del hombre y de las sociedades humanas, sin ningún tipo de discriminación y con dedicación especial a los pobres y marginados, sin abandonar otros campos, pues se debe a todos. Por eso me preocupan las declaraciones que realiza de forma prepotente y beligerante, contra problemas éticos referidos a la sexualidad y a la vida humana, como el aborto y eutanasia. Pienso que el énfasis que manifiesta en estos temas, dificultan la comprensión y difusión del mensaje de Cristo.

El modelo de sexualidad que plantea la Iglesia Católica se ve, en el mejor de los casos, como una meta ideal o utópica. Entiende la sexualidad como expresión del amor

responsable, definitivo y único, en contraste como lo entiende nuestra sociedad, como simple satisfacción de necesidades naturales, de búsqueda del placer, o quizás como juego y diversión legítima entre personas adultas, siempre y cuando se dé el mutuo consentimiento. Una concepción trata de dignificar al máximo la sexualidad y el otro de vulgarizarla haciéndola accesible a todos, rompiendo cualquier barrera que impida su práctica. Entre ambos hay toda una serie de grados y matices de muy compleja elección. Si bien es cierto que la mejor forma de encarar la sexualidad no es a base de prohibición y represión, tampoco puede quedar al margen la dignidad de la persona humana, ni el amor. El sexo de “usar y tirar” sin implicar a las personas, no es posible y por eso creo que el sexo libre, no está en línea con la ética cristiana. Tampoco lo está la prostitución y la pornografía, que se extiende en el mundo de hoy de modo imparable, por que es un “uso” poco digno de las personas.

De todas formas pienso que la sexualidad, no es un problema central en la ética y mucho menos en el cristianismo. En realidad el mal que el hombre padece tiene su origen en el egoísmo, el orgullo, la envidia que producen violencia, venganzas, guerras, matanzas, torturas, humillaciones, sufrimiento, desprecio, discriminación, marginación, etc., etc., frente a todo ello, ¿qué importancia tiene, el comportamiento incorrecto de su sexualidad? ¿No es sacar las cosas de quicio?

El matrimonio indisoluble que defiende con estridencia la Iglesia Católica, la pareja heterosexual y sus hijos, la defensa incondicional de la familia tradicional, sin duda son un bien indiscutible, y ejemplo claro de lo que debe ser el amor plenamente vivido, pero es muy poco sensible cuando se dan conflictos. No son sostenibles las familias desestructuradas, a las que se les niega cualquier salida. También se les niega una vida digna a los homosexuales, incluso a los que comparten un amor pleno y definitivo, para toda la vida. No niego que la Iglesia debe proclamar con fuerza sus valores de la familia y matrimonio, pero me avergüenza su rigidez, su falta de acogida, de los que en conciencia no pueden seguirlos, causándoles daños no sólo para su posible fe, sino personales, de modo irreparable. Y lo que en estos temas me parece por último y sobre todo inadmisibles y censurables, es que pretenda imponer por la fuerza a la sociedad civil y al Estado, sus propias concepciones. Una cosa es que diga a la sociedad lo que le parece bien, y otra es que trate de usar su poder para imponerse sobre personas que no son cristianas.

La vida humana es siempre un bien defendible sea cual sea, sin discriminaciones, a la que se le debe el máximo de respeto por sí misma, en cuanto a su dignidad y derechos. Pero pongamos un ejemplo límite: no es lo mismo torturar y asesinar a niño/as con premeditación y alevosía, que un delincuente violador y asesino resulte muerto en una persecución policial. Hay por supuesto diversos grados y responsabilidades. Por eso no entiendo la excesiva estridencia con que la Iglesia denuncia el aborto y la eutanasia, como bandera del catolicismo y en cambio se guarda prácticamente silencio frente a torturas y ejecuciones. Tampoco entiendo la manifestación constante y excesiva contra la mayoría de procedimientos contraceptivos. No comprendo las distintas unidades de medida.

No es más cristiano el que tiene la “suerte” de tener una familia bien estructurada, con una sexualidad tradicional, conservador en sus planteamientos éticos, sino el que está decidido y comprometido en el seguimiento de Cristo, fuerte en la práctica del perdón y del amor, en el servicio y la entrega, y como todos sepa llevar su “carga ética” sin hipocresía, sin acusar a los demás lanzando todos los demonios del infierno contra los pecadores y disidentes. Con esto no digo que la Iglesia deje de denunciar los delitos contra

la vida como lo es el aborto y la eutanasia voluntaria, o que deje de proclamar una ética sexual responsable, pero sí que sea más equilibrada en la fuerza y armas que emplea.

Pienso que la Iglesia requiere una renovación constante, no para modificar su testimonio ni su misión profética, sino para hacerse oír en todos los ambientes. Su presencia y su mensaje en el mundo de hoy tan secularizado y consumista, son más necesarios y urgentes que nunca. La presión que la sociedad actual ejerce sobre los individuos en su velocidad de cambio, la avalancha de información, y la despiadada competitividad y eficacia que le exige a cada uno, requiere un espacio de serenidad, de paz y hondura que la Iglesia pienso, es capaz de repartir a manos llenas.